

de ésta, naturalmente) aclaró que sobre la radio puede incidirse en quince días y en la televisión no. Lo cual a mí no me parece enteramente cierto, ni mucho menos. Esto, como todo (aunque no del todo), es cuestión de talento. Preparar una buena serie lleva dos años, decía, y ejemplos vendrían pronto de ello. Serían series españolas, aquí producidas. Y es que para Castedo la televisión es como el espíritu para Hegel, quien decía así: *Para que el espíritu sea verdaderamente, es menester que se haya producido a sí mismo.*

Por tanto, como la televisión que promete Castedo y que ya veremos si la cumple o no. Creo que sí, pero antes de decir porqué lo creo vamos a dejar constancia de que Hegel dice lo de arriba en las *Lecciones sobre la filosofía de la Historia Universal* (Introducción general, capítulo II, «La idea de la historia y su realización»).

Dejamos a Hegel y volvemos a Castedo.

¿Por qué creo yo que Castedo puede seguir?

Sólo por un indicio.

Este: Rodríguez Sahagún ha dicho que Castedo se va. Y sabido es que en esto de las virtudes adivinatorias el que era ministro de Defensa el 23 de febrero no resultó ser precisamente el profeta Daniel. A lo peor cuando estas páginas estén impresas ya ha caído Castedo, pero no se mire eso ni en mi contra ni a favor de Rodríguez Sahagún (que éste sí que puede caer), sino en contra de TVE.

La inevitable María Cuadra

El último de los ponentes y el único aplaudido fue Antonio de Senillosa. Como liberal quería también TV privada, a la que «ahora, de repente, ha surgido un numeroso ejército de partidarios, con este furor del converso». Y no sé yo si entre esos conversos no estaría doña Carmen Llorca, porque resulta que en principio dentro de Coalición Democrática los partidarios de la TV privada eran Senillosa, Arcilza y Osorio, pero no Fraga (es decir, Fraga y los demás).

En estos momentos, seguía, la TVE estaba en buenas manos y el equipo dirigente era atacado precisamente por no ser incondicional del poder como siempre fue costumbre. Ahí estaba el problema (el problema para quienes atacaban); porque como andamos en período preelectoral era peligroso dejar suelta a la TVE. Pero lo primero que hemos de hacer en una democracia es cumplir los plazos

y entre ellos los plazos del Estatuto de la RTVE.

Y hubo después «un animado coloquio». Pero esa misma brevedad que imposibilita el discurso filosófico del señor Balbín impide aquí mis no balbinianas y más humildes glosas. Contaré un poquillo de la primera intervención del coloquio.

Decía el moderador:

—Una señorita...

(Y entonces un maligno a mi lado levantaba falso testimonio y usaba el nombre de Dios en vano: ¡Bendito sea Dios; ya tenemos aquí a la inevitable María Cuadra!).

Y María Cuadra habló así:

—Yo me llamo María Cuadra. Estoy afónica porque anoche... he presentado un festival benéfico...

Luego habló de su amistad con Antonio de Senillosa y como lo hiciera con insistencia y repetición, el señor de Senillosa y Cros empezó a poner caras raras. Y luego María Cuadra dirigióse al moderador:

—Me molesta que usted no sepa cómo me llamo yo. Yo tengo 46 años y soy una niña de la guerra...

(Y apostillaba el maligno a mi lado: «Una niña de la guerra lo sería hace 40 años, 39 en Canarias»).

Más de María Cuadra al moderador:

—Y yo sí sé cómo se llama usted.

(Es que a veces los moderadores no saben o hacen como que no saben cómo se llaman las actrices famosas que fueron niñas de la guerra, y ni siquiera supieron —a pesar de ser senadores— que tan excelentes periodistas como Lorenzo Contreras, Félix Santos o Pedro Calvo Hernando, siguieron día a día el proceso constituyente. Pero esa es otra historia).

Repetía María Cuadra lo de sus 46 años (¡quién lo diría, dijo el maligno, yo creía que eran sólo 45!). Y también dijo María:

—Los que no nos hemos prostituido en nada.

Y resultaba que los actores y actrices que no se habían prostituido en nada no salían en la pantalla pequeña (y tan pequeña!) de TVE. Y más rojos por aquí y rojillos por allá. Y más:

—Los señores políticos a quien todavía no han salido a defender es a los actores.

Y gracias a que ella —decía— tenía un marido que le ponía las lentejas, sino estaría haciendo pasillos por Prado del Rey o en la Castellana.

Pero como yo no tengo ningún marido que ponga las lentejas y además de ser feo no aparento veinte años menos como María Cuadra y por tanto no valgo para hacer la carrera por la Castellana, me tuve que ir a trabajar a casa. ■ V.M.R.

A

PENAS ha sonado el gong de las elecciones gallegas, Madrid se ha quedado deshabitado de políticos. En todas partes ocurre que, cuando

se celebran elecciones regionales, los políticos capitalinos acuden en apoyo de los candidatos de su partido en la región. Pero, en España, con el caso de Galicia, sucede mucho más que esto. Hay en la política española una «mística gallega» que hace que, en época electoral, aunque nunca fuera de ella, Galicia parezca la verdadera



RAMÓN RODRÍGUEZ

Don Leopoldo, ejerce de gallego pero hay que preguntarse que parte de ese galleguismo es suya después del 20 de octubre.

patria de los políticos, el santuario de su peculiar religión.

De los dos presidentes que hemos tenido en la democracia, los dos han alardeado de tener sangre gallega en las venas. Y si, en confirmación de su galleguidad, don Leopoldo Calvo Sotelo veranea aún a orillas del Eo, en el lado «bueno» de este río que divide Asturias de Galicia, no es menos cierto que el señor Suárez terminaba de galleguizarse con largas jornadas de meditación en la playa de La Lanzada.

La impresionante estadística hace pensar que acaso ninguno de los dos presidentes hubiera llegado a serlo si algunos de sus antepasados no hubiesen tenido la muy feliz y política ocurrencia de nacer en Galicia. Y si remontamos la cuenta a las épocas



Pío Cabanillas, el gallego auténtico y ejerciente del Gobierno, con Manuel Fraga, otro gallego que presume de serlo.

Manual de Urbanidad

Como ser gallego

LUIS CARANDELL

anteriores a la democracia, entonces, las cifras son avasalladoras. Llevamos casi cincuenta años gobernados por políticos que pueden presumir de tener algo, por lo menos, de gallegos.

No es seguro que fuese Franco el primero en lograr que se reconociera a los gallegos un especial talento para la política. En la Edad Media, el rey Alfonso X el Sabio, al escribir en gallego sus Cantigas, no sólo daba muestras de una alta sensibilidad para los problemas lingüísticos peninsulares, sino que dejaba ya sentado el principio de que, para gobernar en España, hay que tener algo que ver con Galicia.

Pero fue bajo Franco cuando se consolidó la leyenda que atribuye al carácter gallego peculiares virtudes políticas. Aquella anécdota de que cuando uno se encuentra a un gallego en la escalera nunca está seguro de si sube o baja, era, en boca de los franquistas, un elogio que dedicaban a la hermética política del dictador. Un embajador inglés, Sir Samuel Hoare, parece haber sido el acuñador del término «política gallega», que él aplicaba a Franco no sin benevolencia de historiador de su propia embajada en Madrid.

Puede muy bien ser que uno, cuando se cruza en una escalera con un gallego, no termine de saber si sube o baja. Pero eso puede deberse también a que el gallego no sepa realmente si tiene que subir o que bajar. Sea como fuere, lo cierto es que en nuestros días todo lo que hagan los gallegos, o mejor dicho, los políti-

cos gallegos, se interpreta como una muestra de talento político. Y es porque los políticos gallegos, a fuerza de creerse que tienen el carácter que les han atribuido, sólo hacen aquello que les caracteriza como gallegos.

Un caso muy peculiar es el del señor Fraga. Don Manuel es gallego, ¿cómo no iba a serlo si nació en Villalba, Lugo? Pues bien, del político conservador nadie dice nunca que es gallego en el sentido político del término. Por eso Fraga se ve obligado a aparecer como gallego y, para las elecciones, manda imprimir carteles con su fotografía y una leyenda que dice «Gallego como tú», al paso que, en los mítines, repite siempre que «soy un gallego que ejerce».

Claro que don Manuel también dice, cuando viene al caso, que él tiene algo de vasco, pues lo es su apellido materno, Iribarne. Pero eso lo recuerda, no para presumir como cuando dice que es gallego, sino para demostrar que hay vascos que no piensan como la mayoría de los vascos parecen pensar. Que el señor Fraga tenga que gritar que él es gallego es una cosa que forma parte de su fatídico sino. Primero, Suárez le quitó el centro; luego, Calvo Sotelo le quitó la derecha; y ahora, entre ambos le quitan la galleguidad.

Porque, claro, Calvo Sotelo, sin ser gallego del todo, es mucho más gallego que Fraga. Veán, si no, la muestra. Hace unos días, al comienzo de la campaña electoral gallega, don Leopoldo se dio una vuelta por las cuatro provincias y afirmó en una conferen-

cia de Prensa: «No he venido a hacer campaña electoral; sólo a apoyar a los candidatos de mi partido». La frase, una de las más «gallegas» que se han pronunciado en España en el último medio siglo, tiene su explicación y no han faltado hermeneutas que lo hayan explicado. El señor Calvo Sotelo no podía faltar en Galicia con motivo de las elecciones, siquiera fuese para recordar lo que tiene de gallego, pero no le convenía volcarse en la campaña electoral, recordando sin duda que su predecesor, el señor Suárez, vio comenzar su declive político en otras elecciones autonómicas.

Así que cuando el señor Fraga dice que ejerce de gallego, hay que poner su afirmación en cuarentena. El que ejerce de gallego es don Leopoldo que, electoralmente hablando, sabe nadar y guardar la ropa. Y a propósito de gallegos, hay que recordar aquí otro gesto del señor Calvo Sotelo, que nombró como delegado del Gobierno en Galicia al doctor García Sabell sabiendo que no era de UCD y el doctor fue más gallego que él al traducir la presidencial liberalidad diciendo que «tengo el honor de no ser de UCD».

Lo que hay que preguntarse es qué parte del galleguismo de don Leopoldo es suya y cuál corresponde al verdadero gallego auténtico y ejerciente del gobierno, Pío Cabanillas. Lo propio de los gallegos, desde la antigüedad es navegar en barcas de piedra sin hundirse. Y don Pío obra un milagro parecido: no arde. Y por eso navega imperturbable por todos los mares de la Historia. Que está las veinticuatro horas del día pendiente de su galleguidad es cosa que pueden acreditar los periodistas parlamentarios. Siempre está contando anécdotas de paisanos de Villagarcía y de Cambados. Nadie como él ha descubierto en nuestra era el valor de ser gallego.

En cuanto a Suárez, es precisamente en Galicia donde ha vuelto a ensayar sus armas para una futura batalla. Adolfo se sumergió en un auténtico baño de multitud, habló en gallego, comió pulpo y repitió que el verdadero gallego es él. Entusiasmó a su audiencia de La Estrada al decir que está demostrado que el pueblo gallego tiene los niveles de inteligencia más altos de Europa. Lo malo, y que me perdonen los gallegos que no entran en este juego, es que eso puede ser verdad. ■ L.C.